

—Es cierto—torné a repetir.

—Y te toparás con él cuando menos pienses, en el camino angosto y guijarreño que sube y sube. Lo verás venir en pos de su hato; cuando pase a tu vera, bajarán los ojos, mirará al suelo por no mirarte a la cara. Y las llamas negras de su tropa, volverán la cabeza...

Calló. ¿Era acaso la pálida voz de mi conciencia? Yo volví en mi acuerdo al sentir extraños bufidos. Me incorporé. ¿Qué ocurría? ¿Quién se acercaba hasta mi duro lecho de peregrino? De allí a poco espacio, un aliento cálido rozó mi cara. Miré. ¡Oh maravilla!: las llamas arrogantes, negras, las llamas de Chutanayta que tenían en las orejas rojos pendientes de lana, mirábanme atentamente. Ya iba a pasar el sol la línea quebrada de las cumbres de los cerros de Orus Mayu, cuando las llamas arrogantes y negras se encaminaron a un iral próximo. Yo las ví alejarse cautelosamente y me acordé del pobre Chutanayta, de Chutanayta el llamero, que no las quiso cargar con borato de mi mina.

Sentí cansancio, hambre y frío y fuime hasta una casuca de piedra construída en un rincón sombrío de un cerro bermejo. Me bajé; arrendé mi caballería al tronco de una queñua plumiza y huraña y llamé a la puerta. Nadie me contestó. De pie en medio del patio, estuve largo rato mirando la cadena de cerros azules, la cadena de cerros negruzcos, la sierra nevada. No era aún de noche, cuando Collaguaima, la pastora, apareció en el camino orillado de canglia y de tolilla. ¡Pobre Collaguaima! Se me vino al magín el recuerdo de aquel día, cuando, cegado por la ira, le prendí fuego al techo de iro de su choza.

Apenas Collaguaima me reconoció, quiso echarse cuesta arriba.

—Collaguaima, ven—le dije.—Tengo hambre y frío y estoy cansado. No sé lo que me contestó. Acaso dijo: Ojalá te murieras allí, en ese morro donde no hay más que carbonos; si te quedas duro, helado, allí, bajarán las águilas a sacarte los ojos, a picotearte las entrañas.

—Collaguaima, ven, ven...

Yo escuché el llanto del pequeñuelo que ella llevaba a la grupa, metido en un costal.

Me hizo caso.

—¿Me reconoces, Collaguaima?

—...

—Soy don Carlos, el que fué patrón de Chutanayta. La Collaguaima habló entre dientes.

—Estoy cansado; tengo hambre y frío... Hace dos días salí de Orus-Mayu; equivoqué el camino, me perdí; no sé cómo llegué hasta tu casa. ¿No te acuerdas de don Carlos de Castro?

—Don Carlos... sí, señor.

—¡Ah!... te acuerdas... Yo soy el que le prendió fuego a tu choza...

—...

Tristemente, tristemente me miró. Ella, la pobre pastora, buscó albergue aquella vez, en una hoyada próxima al cerro Ari-tucum.

—Collaguaima, tengo hambre y frío.

—Sólo hay coquita, señor.

—¿Y alcohol?

—Queda un dedo en la chata.

—¿No preparaste mote y calapare, Collaguaima?

—Nadita, señor.

—¿Y por qué? ¿No trabaja Chutanayta? ¿No tejes barracán y picote?

—Trabajamos, señor. El maíz está caro y las llamas no valen nada...

—Nosotros cosechamos mucho maíz, allá en Humahuaca, mucho, tanto como para llenar con mazorcas bien granadas, ocho casas como la tuya.

—¿Mucho?

• Collaguaima agrandó los ojos. Jamás había visto extensos maizales. Cuando sembraron maíz, el frío mató las plantas antes de que muñequeran.

—Mucho, mucho... Como veinte pirguas llenamos todos los años.

Se puso a pensar y bajó los ojos; luego, de la chuspita sacó un puñado de coca y lo puso en mi mano.

—¿Estás sola?

—Vendrá Chutanayta.

—¿Pronto?

—Toda esta noche caminará.

—¿Se fué para Cketa?

—Para Abra-Pampa.

—Esta noche dormiré aquí, en tu casa. ¿Tienes un catre?

—Nadita, señor.

Señaló el lecho de adobe donde dormían.

—En el estrado le tenderemos los sobrepelos, señor.

—¿Y vos? ¿Y tus hijos?

—Lo aguardaremos a Chutanayta; caminará toda la noche.

Y me acosté. La puna me oprimía el corazón. En cuanto cerré los ojos, vi la cara ensangrentada de Chutanayta....

II

En una esquina, al lado de un tinajón, estaba sentada Kererinka, la chichera. Chutanayta, el llamero, Kolke, Tarky y Cachisumpi, se detuvieron junto al vilque colmada de chicha rubia y musqueada. Chutanayta había vendido ya los cueritos de agschochas, de llamas y choschoris; Kolke, las cargas de sal; Tarky, los costales de lana de llama y Cachisumpi, el cokanis, las dos chighuas de duraznitos de Tojo.

—A ver, un litro, comadre, para refrescar el acuyico...

Kererinka les sirvió un litro de chicha.

—¿No saben que anda el Comisionado?

Kolke se asustó. Tarky, dijo:

—Yo soy de lejos...

—Pero tenís ovejas, ¿no?

—Tengo.

—¿Muchas?

—Poquititas.

—Te las quitarán...

Cachisumpi, el cokanis, se miró el bigote y dijo para sí: Pronto llegaré a La Quiaca y pasaré la Línea.

—Llegó en el tren de ayer... Anda acompañado de un sargento y de dos milicos. ¿A qué habrá venido?

Chutanayta contestó:

—A quitarnos lo que tenemos.

—Como será, compadre...

—¿Es abajeño?

—Abajeño; es rubio, es blanco y gordo.

—Arrearé mis llamas hasta Susques...

—Es muy lejos.

—Con tal que él no me las quite...

—Dicen que viene a hacer pagar los arriendos.

Tarky rompió a decir:

—A don José ya le pagé el arriendo y le dí el tercio de la parición y le trabajé veinte días seguiditos sin cobrarle.

Chutanayta afirmó.

—Te lo negará.

Los punes echáronse a andar por las calles arenosas de Abra-Pampa. En una tienda de comestibles, se encontraron con el Comisionado.

—¡Hola!... ¿Qué dicen muchachos? ¿De dónde vienen?... Ya tengo para charlar un rato con ustedes. Yo soy don Roberto Jámez, el Comisionado. ¿Supieron qué

(Pasa a la página 59).